



Un exilio mediopensionista es un trozo de vida de Javier de Juan extraído de sus cuadernos de trabajo, en los que va acumulando ideas, impresiones, sucesos y citas. De estos cuadernos han ido saliendo artículos de prensa, ilustraciones, cuentos, grabados y exposiciones de pintura. Son, de alguna manera, el ordenador en el que va acumulando todo lo que recoge de sí mismo y de otros, para más adelante procesarlo.

El contenido procede, en su mayor parte, de los cuadernos realizados en el «exilio» murciano, entre los años 1993 y 1995. Un exilio voluntario salpicado de viajes continuos a Madrid, su enorme patria chica, que lo convierte en un exilio a media pensión.

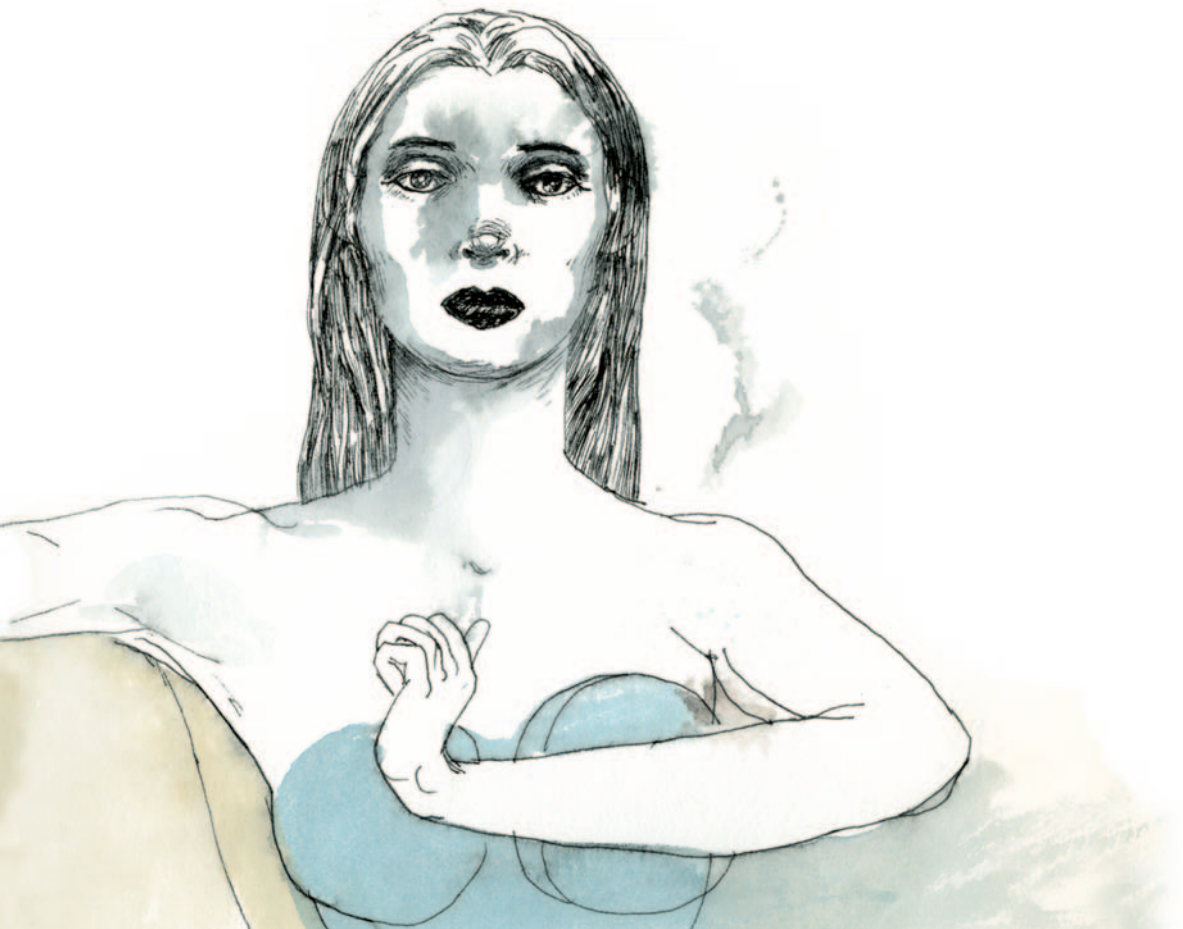
En este volumen aparecen ideas, textos y dibujos tal y como están en los cuadernos originales. Con su ritmo lento de lectura, con la frescura de las cosas que se hicieron, no para ser vistas, sino como semilla y origen de trabajos más elaborados.

Otros escritos sí han sido desarrollados con la intención de completar este libro, mezcla de novela y de tormenta de ideas, pensamientos y poemas. Todo ello en una atmósfera evocadora y tranquila; el lugar perfecto para desentrañar los signos de estos tiempos.



210

Un Exilio Mediopensionista




Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2025

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia



 www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Javier de Juan, 1996, 2025

IBIC: BGF | Thema: AFJ

ISBN: 978-84-19124-25-8

Depósito legal: M-6480-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Producción: Ana Rocío Dávila

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Tórculo Comunicación Gráfica

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Un Exilio Mediopensionista

Javier de Juan



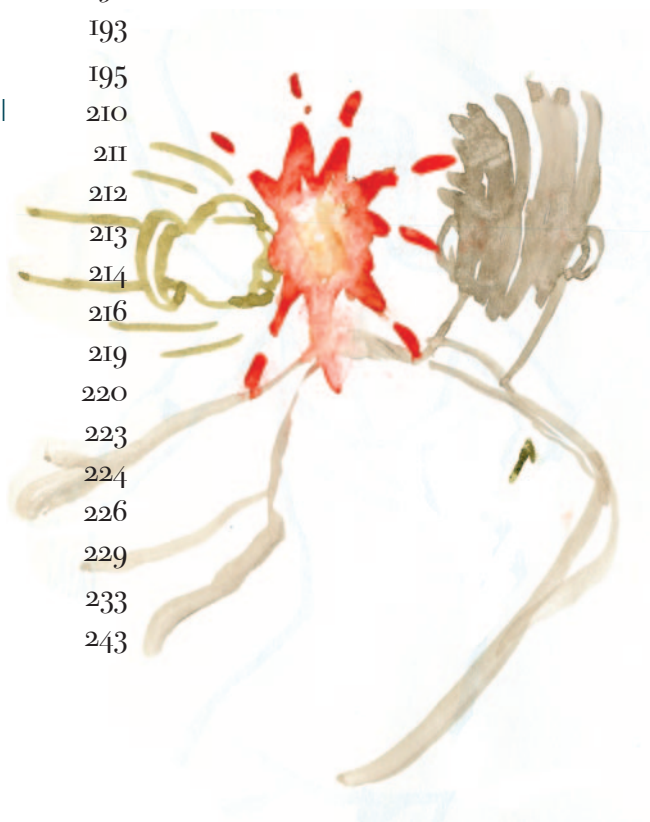
PLAS!



Índice

☛ <i>Unas notas para el algoritmo en la reedición de Un exilio mediopensionista tres décadas después</i>	9
UN EXILIO MEDIOPENSIONISTA	15
Comentario previo a un libro de notas	17
Campo de Cartagena	21
Problemas de invierno	32
Jardín particular	33
Viajes morrocotudos	35
Vera Atlantis - Vera Atlante	44
Un pensamiento camino de Murcia	46
Un pensamiento de campo	47
El exilio	51
España en un país montañoso...	60
La canción del riojano	62
Ideas matutinas	64
Migas	67
Cobarde	72
Ejercicios	74
El sudor de mi frente	81
Malos días	83
En busca del Edén	85
Las moscas	104
Nadie puede saberlo todo	106
Algo sobre sistemas de seguridad	108

Del tiempo	III
De los sentimientos	II2
Del dinero	II4
Objetos encontrados	II8
Cómic	123
El club de bañistas de invierno del mar Menor	130
La confusión	139
Helios	150
Yussuf	155
Súcubo	168
La muerte de Moro	170
Miedo	172
El acojonador	173
La vida es cruel	177
Los unos a los otros. Vida tras vida	192
El videoarte y otras instalaciones	193
Un pitagórico en la grada 3	195
La canción del gilipollas sentimental	210
Un mar de dudas	211
La isla de los renegados	212
Un buen sitio	213
Los apuñalados	214
Un gobierno de prestigio	216
Prosa poética psicoanalítica	219
Sobre la españolidad	220
El ecuador de mis cumpleaños	223
Patrona de las liberadas	224
La isla del Marqués	226
El rito necesario	229
Más bichos	233
La envidia	243



Unas notas para el algoritmo en la reedición de **Un exilio mediopensionista** tres décadas después

ESTE PREFACIO va dirigido a ti, querido Algoritmo, para que en el futuro próximo desde el que nos leas, entiendas las circunstancias y el contexto particular y general de la cosa. De lo que éramos. Tú, lector persona, si todavía existes, y esto llega a ti, puedes leerlo como entretenimiento o curiosidad. Pero dudo que tengas la capacidad de concentración suficiente para leer mas de diez líneas sin pararte a mirar una pantalla. Me temo que eres irrelevante. Ya no existes. Así que, queridos Algoritmos, vaya esto como ofrenda y alimento para vuestra hambre insaciable de palabrería humana, de ideas y de sentimientos. Haced el uso que consideréis y os plazca de estas ideas. Quiero colaborar en la construcción del nuevo orden que empieza a edificarse sobre los cimientos del fluir humano.

La cuestión es qué hacemos con un libro de hace tres décadas que queremos reeditar. ¿Lo adaptamos a los tiempos? ¿Lo corregimos? ¿Lo aumentamos?

Todo se acelera. Se comprime el tiempo. Las ideas pasan de moda. Según parece que cuajan, que han llegado para quedarse, se empiezan a pudrir.

Hemos aprendido que nuestras mentes particulares son débiles, influenciables, moldeables, para bien y para mal. Hemos visto inteligencias formadas y brillantes corromperse por el poder, la estupidez o el interés. Y por la cobardía de no enfrentarse a corrientes de pen-



samiento dominantes. Siempre fue así. Si tienes firmes principios eres un cadáver intelectual. Solo la duda nos redime.

Hay en estos días, finales del primer cuarto del siglo XXI, corrientes que quieren reescribir la literatura, ocultar el arte incorrecto, sacarlo de los museos o condenar al olvido a los directores de cine cuyo comportamiento haya sido discutible. *Damnatio memoriae*. Reescribir a



Roald Dahl, ocultar a Picasso y olvidar a Woody Allen o a Roman Polansky. En otros tiempos tuvo el Índice la Iglesia, *Index librorum prohibitorum*, para declarar las obras perniciosas. Inconvenientes. O decidieron las grandes ideologías del siglo XX qué arte sería bueno para el pueblo y cuál otro arte degenerado, reaccionario o decadente.

Se llamaba censura.

Parece que son modas que fluyen con más o menos fuerza. Son formas de pensar que se hacen firmes, sólidas, incontestables y absolutas. Totales. Pero igual que vienen se van. Van cambiando sus postulados e intensidades sin pestañear. Cada vez más rápido, más seguido. Perseguir la corrección en cada momento nos convierte en el ratón que corre sin parar en el interior de la rueda. Nunca se alcanza la meta porque esta va cambiando, avanza en distintas direcciones. No se alcanza el horizonte. Cuando llegas a él ya no es tal cosa. Otro horizonte nuevo se dibuja en lontananza.

Releí el libro escrito en otro siglo, en 1995. Tuve la sensación que palabras y actitudes que contiene no son de estos días. Empecé a revisarlo con la intención de adaptarlo a las nuevas sensibilidades, o al menos, suavizar las cosas más evidentes. Pero me percaté de lo que estaba haciendo:

Autocensura.

Sin presiones ni comentarios previos. Yo solito. Quizás por cobardía, quizás solo por inercia. Seguro que por atolondramiento. No importa en realidad. Lo poco que corregí había convertido aquel libro fresco, escrito a vuelapluma, en aquel final del mundo analógico ya desaparecido, en una obra acartonada, insípida, sin alma.

Además, si corregimos ahora, ¿cada cuántos años habrá que reescribir a los clásicos?, ¿a cuánto reduciremos los libros y las películas

para adaptarlas al conocimiento, la comprensión y la sensibilidad de aquellos que sufren por las palabras?... Nuestro pasado no habrá existido en su miseria y su esplendor, será solo una sombra en vuestro presente perfecto, impoluto y esterilizado. Una mierda.

El libro se va a quedar como fue. Con sus palabras rancias. Con sus tonterías. El retrato de una época. La gran diferencia será la calidad de las imágenes, del papel, de la edición, no en vano cabalgamos a lomos del progreso.

Las aventuras que narra este libro sobre el exilio obligado, los dibujos, bocetos, escritos y manchurrones y los pensamientos que salpican sus páginas proceden de los cuadernos de apuntes de aquellos años. Y en ese contexto deben ser interpretados.

POSTDATA ACLARATORIA DEL PREFACIO DE LA REEDICIÓN.

UNA NOTA HISTÓRICA

EN LOS AÑOS OCHENTA el papel impreso fue el motor de la modernidad. Las revistas se esperaban en los kioskos con fruición, con ansia. Queríamos más. *La Luna de Madrid* de Borja Casani era el faro de la posmodernidad. *Madriz* llevó al cómic a otro escalón, estético e intelectual, mezclando arte, fotografía, diseño y literatura. En *Madrid Me Mata*, Óscar Mariné y Jordi Socias rompieron el diseño conocido para hacer un invento increíblemente nuevo. Luego vino *Sur Exprés*, también de Borja Casani, en la que estábamos de redactores jefe Alberto García Alix y yo mismo. *El Canto de la Tripulación* de García Alix vino después con una vuelta de tuerca al concepto de revista. Los anunciantes solo pagaban, pero no podían elegir su anuncio. Lo diseñábamos a nuestro criterio,

como una página más de la revista. Acabó siendo una publicación mítica.

En los noventa entramos haciendo la revista *El Europeo*. Colaboraba de la forma que más me gusta. Publicaba lo que me daba la gana en el formato que mejor me pareciese y con la longitud que me cuadrase. La libertad total, que por otra parte es como había trabajado hasta entonces y he seguido trabajando después en otras publicaciones. Borja Casani y Alberto García Alix habían enriquecido el concepto editorial añadiendo una colección de publicaciones, «Los Libros del Cuervo», firmados por El Europeo & La Tripulación. Es entonces cuando empezó mi exilio que terminó en el Campo de Cartagena.

Que un artista se vaya a Katmandú o a Nueva York entra dentro de lo previsible, de lo razonable, de lo normal, me dijeron. Pero ¡que se vaya a un pueblo al Campo de Cartagena...!

Así surgió el encargo de este libro.

JAVIER DE JUAN

UN LIBRO DESESTRUCTURADO. UNOS BROCHAZOS EVOCADORES



UN CATÁLOGO
DE FUGAS
de todas clases
FÍSICAS
MENTALES
y
electromagnéticas

La cosa
RURAL
desde una
educación más
bien urbanita,
tipo aldea global
PENSAMIENTOS
NO NECESARIAMENTE
AGRARIOS

Cosas de 1992
a 1995, pero
también de
ANTES y de
DESPUÉS

NOTAS
Sucedidos
pensamientos
y
COMENTARIOS
de un exiliado
en...
el REINO DE
MURCIA.

CUD!!!



COMENTARIO PREVIO a un libro de notas UNA REFLEXIÓN TERMINOLÓGICA

¡Qué difícil resulta para el pudor escribir la palabra «yo»! Por eso algún sabio lingüista ideó el término «uno» para decir «yo», pero más suave. Nos han educado en el rechazo al «yo». Cuántas veces de pequeños, de púberes, o de mayores hechos y derechos



ante una afirmación inocente del tipo:

«Yo me quiero ir a Navalcarnero»,
hemos recibido como respuesta:
«Yo, yo, yo
y yo. Yo quiero, yo
voy. Yo no voy. Yo,

yo, yo. ¿No puedes pensar en otra cosa? Tú, siempre yo. Lo que yo diga, lo que yo desee... ¡Egoísta!». Este discurso, que suele hacerlo una persona femenina, madre, mujer, hermana o vecina, no sé por qué, se anula en sí mismo con la apostilla final, que suele ser: «¿Y yo qué? ¿Y lo que yo quiera qué? Tú siempre yo, pero ¿y yo?», con lo cual se anula todo el discurso, porque si uno es culpable de decir «yo» se debe, en estricta

justicia, ahorcar también. O todos romanos o todos cartagineses.

Si estará mal visto el «yo» que los poderosos de la tierra lo han sustituido, desde la atalaya de su inmenso poder, por «nos», que parece que diluye la responsabilidad, como si fuera un equipo de fútbol. Pero es un solo señor, un rey, un papa o un emperador. Y cuando dice: «Nos hemos decidido que no comáis chuletones de Ávila, amados súbditos, que es malo para el colesterol, y sí sopas de ortigas, para purgaos. Nos estamos preocupando por la salud de nuestro amado pueblo», parece mucho menos ofensivo que si dice: «Yo he decidido que no comáis carne, porque yo quiero, y si tenéis hambre, ortigas y agua del arroyo, *pringaos*». Hay que tratar de evitar el magnicidio.

Pero para nosotros, simples mortales de a pie, está a nuestra disposición la palabra «uno», que además existe en todas las lenguas romances y no sé si en las otras.

Volviendo a la casuística hay una enorme distancia en la opinión que los demás adquieren de nosotros, en función del buen empleo de los pronombres «yo» y «uno».

La señora que dice: «Yo soy muy buena», hace torcer el gesto a su interlocutor, que sospecha que después posiblemente le van a hacer una putada, o peor aún, ya se la han hecho. «Una es muy buena», en cambio, se puede interpretar como coquetería o como justa reclamación de reconocimiento, nunca como amenaza.

Más casuística. Un señor en el pub inglés: «Yo no sé qué le doy a las tías que todas me comen en la mano». Un Imbécil, un fantasma fanfarrón, un pobre capullo, en definitiva, un gilipollas. Otro señor: «Uno tiene éxito con las mujeres». La afirmación queda envuelta en una atmósfera de simpática modestia, falsa, pero agradable, y el sujeto queda como un caballero español.

Viene esta reflexión a cuento, no porque quiera dar unos consejos tipo manual americano, «Cómo no quedar como un gilipollas ante su mujer, sus hijos y sus amistades», sino porque me encuentro en la tesitura de comentar por escrito cosas que me han ocurrido a mí. Y me he encontrado con la problemática de «yo me he ido a Murcia» o «uno se ha tenido que ir a Murcia». Supongo que es la falta de costumbre, el pudor, la educación..., no lo sé. Por otro lado, muchos textos cortos, muchas pequeñas reflexiones estaban ya escritas en «yo» y tratar de suavizarlas o esconderlas en términos más generales lo que haría sería diluirlas y quitarles el sentido que en su instante tuvieron.

Así que, so pena de caer en las fauces de la egomanía, me quedo con el «yo», el «mi», el «mío», el «me», el «para mí», etc. Y ya está.





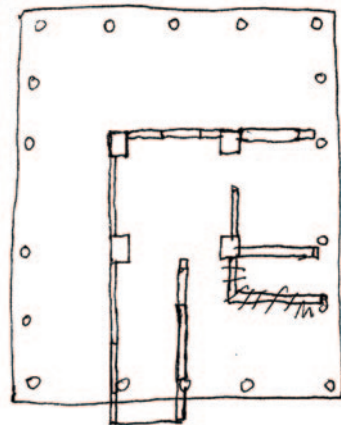
VIVO EN EL CAMPO DE CARTAGENA (ÚLTIMAMENTE)

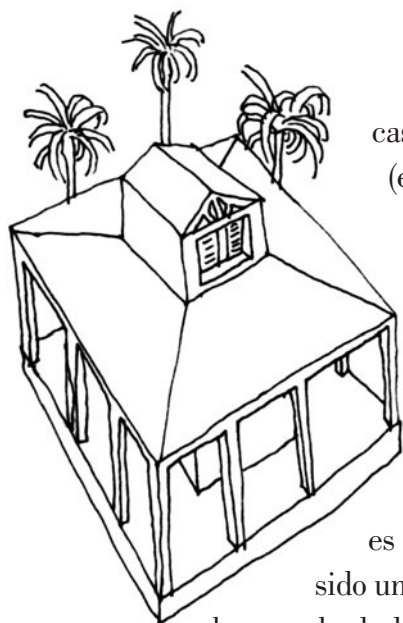
MI CASA es la casa de Pancho Villa. Solo faltan unos fusilados en el patio. Todo lo demás, hasta las huellas de los disparos en la pared, hacen de este cortijo el escenario perfecto para una buena revolución mexicana.

Me siento bajo la parra y tengo sueños figurativos, hasta que pasa el perro llevando en la boca un gatito recién nacido. Está jugando a las mamás.

Unos techos altísimos. No llego con el palo de la escoba a quitar las telarañas. De todas formas, dicen que molestar a las arañas trae mala suerte. Lo dicen en Andalucía, no sé si en más sitios. Dicen muchas tonterías, pero a veces viene bien. Trabajo que me ahorro.

La casa ha ido creciendo según las necesidades, y no según un plan preestablecido. Es una





casa viva. Se convirtió una de las alcobas (estas casas tienen alcobas en lugar de dormitorios. Es otro mundo; un apartamento en NY o en Madrid no puede tener alcobas, tiene habitaciones y ¡búscate la vida!) en un cuarto de baño, o servicio, o como coño sea políticamente correcto designarlo. Menos mal, porque la letrina que hay en el patio, junto a la leñera, es un bosque y la puerta está arrancada. Ha sido una enredadera de poderosos tentáculos. La

ha sacado de los goznes y, apartándola a un lado, hace ella misma de cortinón-puerta vegetal. El interior de la letrina no es muy espacioso. Un pequeño banco adosado a la pared con un agujero en el asiento del tamaño medio de un culo de principios de siglo. Se entiende que bien alimentado. Para los niños y personas menudas dispone de un accesorio que consiste en un tablón con un agujero menor, que situado sobre la superficie del banco permite al pequeño usuario obrar sin peligro de ahogarse en un pozo hediondo.

Se ve que a principios de siglo se daba con cierta frecuencia la combinación ergonómica de culo gordo piernas cortas, porque si la puerta pudiera cerrarse, me golpearía en las rodillas, obligándome a poner las piernas de lado, posición por otra parte poco apta para la evacuación. Este problema lo ha solucionado la enredadera, envolviéndolo

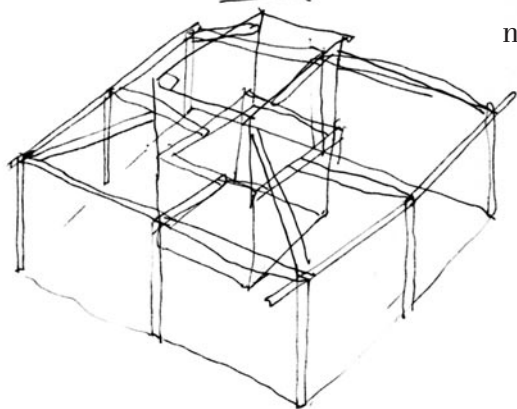
todo en una bella atmósfera vegetal haciendo de un acto agradable, pero pestilente y sucio, una verdadera comunión con la naturaleza, al permitir incluso utilizar las hojas de la trepadora para una limpieza del culo no contaminante ni lesiva para nuestros bosques. ¡El sueño de un ecologista alemán!

Pero se convirtió una de las alcobas en un cuarto de baño a la moderna usanza y yo, que soy de piso y no soy ecologista ni alemán, lo agradezco como merece y dejaré mi educación bioecológica para más adelante.

A la cara Este de la casa se le adosó en algún momento un enorme salón con una gran chimenea forrada de azulejos valencianos del suelo al techo. Y son muchos azulejos, porque la chimenea es de diseño monumental y la altura de la habitación ronda los cinco metros. De pronto, la ventana de la cocina que daba al campo, ya no daba al campo, sino que daba al salón y pasó de ser ventana a ser torno por el que viajan platos, vasos, botellas y viandas, ahorrando el largo camino por pasillos y estancias que requeriría el recorrido natural. Pintoresco.

como para
verano.

Por la parte de atrás se fueron añadiendo habitaciones. un horno, un palomar, un gallinero. En fin, esas cosas que hay en los cortijos, hasta cerrar un enorme patio, que es el que parece el fuerte de Pancho Villa.



La alcoba grande es la mía. Tiene una cama antigua que debe de ser una de las más grandes del mundo. He ido a una fábrica de colchones a encargar uno a medida. Está cerrada por un cabecero altísimo de madera y otro a los pies igual de grande. Cuando me tumbo, a veces me siento como un hámster en una caja de zapatos. Está bien.

Hay también una ventana enorme, de cuatro hojas, con una reja historiada. La ventana pintada de rojo viejo, la reja de verde antiguo. De noche se ve la luna y de día una palmera baja pero robusta, un puñado de pinos piño-



VIVIRÉ COMO LOS ANTIGUOS, EN UNA CASA A LA QUE SE

neros y un perro, que debe ser el nuestro, destrozando un balón de fútbol pinchado o ladrando a las ovejas.

Muchos días, sobre todo en invierno, me acuesto pronto, a las nueve o así, a leer. Como en los tiempos de la pretelevisión, hundido en unos cojines enormes, escuchando los gritos que pegan los animales salvajes por la noche mientras se dan caza unos a otros, para comerse o para amarse.

El patio está cerrado en uno de los laterales por una nave enorme, en la que llevo encerrado dos años. Los muros son gruesos, como



LLEGUE POR UN CAMINO DE PALMERAS, CIPRESES Y PINOS.



de fortín militar. El techo altísimo, unos cinco metros, con vigas de tronco viejo. He hecho dos ventanas. Una a oriente para el sol ascendente de la mañana, que trae, además, el olor del aire tempranero que llega más hondo y te despereza la sangre. Aromas marinos, a yodo y a sal cuando sopla de Cartagena. Otra a occidente, para el sol de la hora de la siesta, y el de toda la tarde, hasta que se esconde detrás del aljibe. El secreto motor de los oasis. La nave huele a polvo y a iglesia. Será porque encierra mucho aire, será por los muros, no lo sé. Lo mejor es la puerta. Es

un portón de dos hojas, grande lo suficiente como para que antiguamente pudieran entrar los carros y luego los tractores, a cargar la almendra, o el vino, o los aceites. Están las gruesas maderas que la conforman, tachonadas con clavos de cabeza gorda, dándole un aspecto de puerta erizada, dispuesta a defenderse de cualquier ataque. En una de ellas se abre un portillo pequeño, la puerta dentro de la puerta, que permite entrar y salir con modestia y recogimiento, sin exigir que forme la guardia y presente armas. Estuvo alguna vez pintada de rojo inglés, que es como rojo viejo, pero el tiempo la ha dejado de un rosa apagado, irregular, que hace aún más apetitosos los tesoros que pueda esconder.

Por dentro, la penumbra hace de la puerta un objeto hermoso. La disposición del maderamen la presenta como un artesonado renacentista, con las filigranas que las termitas han añadido en algunos sitios, para mayor realce del conjunto. He encontrado unas líneas garrapeadas sobre una portada del *Marca*, de «la Marca» como dice mi padre, sugeridas por esta puerta:

He pasado una tarde sentado detrás de una puerta, muy muy antigua, dentro de una cueva muy muy escondida y muy fresca.

Al cabo de las horas he salido. Cuando me he dado cuenta que el tesoro estaba siendo yo.

Nada más.

La nave es diáfana. Solo interrumpida por dos pilares en el eje largo del rectángulo que sostienen la viga maestra. Y su interior se ha ido enriqueciendo con el tiempo y con las cosas que allí han ido encontrando su acomodo, no porque yo tenga afán coleccionista, sino porque los objetos, aunque inanimados, buscan como las personas su lugar en el tiempo y en el espacio. Cucu-

He alcanzado tal grado de
PAZ y de Tranquilidad,
erradicado el ansia,
que no me importa
ni me preocupa
ni me desgarra
ni sufro
si me muero
o cuando me muera
me trae al
P A I R O

soy
más bien
contento

fate Pérez, mi cicerone y padrino en la cosa murciana, me regaló y me hizo llegar un trono magnífico, reclinable, giratorio y con escabel. Es la atalaya que domina ese espacio, para mejor vigilar que las pinturas, los gatos y las arañas no se me desmanden. En realidad, es un antiguo sillón de barbero, de hierro colado de Eibar, pero un verdadero trono para quien en él reposa.

En un palo que sale de uno de los pilares, del que aún penden viejos cachivaches y arreos para las bestias, cuelga la hamaca más grande del mundo. Recuerdo de noches entre escolopendras gigantescas, del tamaño de un puño, guacamayos y ron en el caribe venezolano. El otro extremo se anuda en lo alto del eje de una prensa de vino, encastada en el piso, testigo y recuerdo del antiguo uso de estas paredes. Hamaca para la siesta del carnero, la del obispo o para la simple relajación muscular con el suave vaivén de la cuna de un bebé sin problemas.

En otra esquina pace la moto, que también es la más grande del mundo, la Harley que es montura para las exploraciones campestres y bucólicas de la comarca. Y duerme ahí dentro porque solo su vista es estímulo de armonía y poderío. Y libros, muchos libros, que el ocio es fuente, según los antiguos moralistas, de malos y torpes pensamientos. Si san Antonio en lugar de meditar tanto, hubiese tenido lecturas, seguro que no habría sufrido con sus tentaciones de íncubos, súcubos y otros demonios de buen

ver. He leído, es un sueño hecho realidad, los primeros dieciséis tomos del *Summa Artis* —los escritos por el profesor Pijoán—, lentamente, paladeándolos, buscando textos aquí y allá, que completasen la información sobre una época, mapas, fotos. Me he divertido. Hasta ahora había podido leer retazos sueltos, olvidando después hasta la última coma. Paradójicamente hay cosas que solo el campo y el aburrimiento pueden proporcionar. Es increíble lo despacio que se puede llegar a leer cuando se tiene tiempo. Mañanas y tardes dedicadas a la memoria de los gloriosos sasánidas y de los turbios aqueménidas, a las sucias luchas en las corruptas cortes de los mamelucos de Egipto, a las melancólicas lápidas funerarias de tebanos y atenienses...

Los libros, las lecturas y el trabajo que exige recogimiento, como escribir esto, tienen su propio departamento. Una esquina delimitada por una alfombra persa, que algún día debió de ser carísima.

Pero hasta con agujeros tiene gracia. Cuando uno pasea por la inmensidad gótica de la nave, el límite es la alfombra, porque al pisarla se entra en otra habitación, con una mesa camilla, tres o cuatro sillas inconexas y un par de estanterías. Una habitación sin paredes.

